

Arturo Torres-Rioseco

El Gualique

A don Enrique Molina, que sabrá comprender.



L Gualique era un chiquitín panzón, rechoncho y sucio. Era hijo de uno de los arrendatarios de mi madre, y como era gente muy pobre me trataban a mí de patrón. El Gualique, que tenía por entonces unos cinco años, me llamaba "Pachón Ernesto". Era en el barrio mi compañero de juegos, y jamás se ha visto un compañero más leal. Cuando los otros chicos le invitaban a jugar él contestaba:

—Toy sperando al "Pachón Ernesto". Más tarde.

El Gualique tenía un hermano que se llamaba Jocelín, pero éste murió durante una epidemia de peste bubónica. El Gualique se quedó solo y entonces yo fuí su hermano, su amigo, su protector.

Cuando pasaba el heladero por las tardes, mi madre me daba diez centavos. Ella sabía que una de las paletas era para mí y la otra para El Gualique. En el patio de mi casa jugábamos al trompo, a las bolitas y a los volantines. Cuando se enredaba un volantín en la copa de un árbol, El Gualique trepaba como un mono y volvía con él intacto.

A los seis años fuimos a la escuela primaria. El primer día mi madre me llevó a la escuela. Yo iba con traje nuevo y zapatos muy

brillantes. Detrás de nosotros iba El Gualique, descalzo y en camisa.

Después de saludar a mi madre con su mejor sonrisa el maestro me dió una palmadita en la mejilla. Luego, viendo a El Gualique junto a mí, preguntó:

—¿Y éste quién es?

—Este es mi mejor amigo, El Gualique —dije yo—. Viene a matricularse en la escuela.

Y así empezó El Gualique su educación.

En medio de aquella horda de bárbaros de seis años El Gualique era la única persona civilizada. Los chicos se divertían durante los recreos tirando piedras a los pájaros, escribiendo indecencias en las paredes y organizando peleas. El Gualique se mantenía alejado de todas estas diabluras. Como era el chiquillo más pobre de la escuela los demás le miraban con desprecio y le dejaban solo.

En cierta ocasión yo clavé un alfiler en la silla del maestro, a quien todos odiábamos. Al sentarse el infeliz dió un salto y lanzó una blasfemia.

—¿Quién es el culpable de esta canallada? —preguntó.

Como nadie contestara se dirigió a El Gualique y tomándolo del cuello, le dijo:

—Tú has sido, bribón.

El Gualique me dirigió una mirada como implorando silencio y contestó:

—Sí, señor, yo fui.

Yo fui cobarde y permanecí en silencio y El Gualique por culpa mía recibió una lluvia de golpes. Al volver a casa no pude más con mi vergüenza y conté a mi madre lo que había pasado.

—Has hecho muy mal —me dijo—. Mañana debes confesar tu falta al maestro. Y esta noche, si quieres, invita a comer a El Gualique.

Al otro día le dije al maestro que yo era el culpable. El hombre me miró con recelo, exclamando:

—No vengas a mentir para disculpar a tu amigo. De todos mo-

dos ya él se llevó los palos. Retírate.

Mis tres años de escuela primaria pasaron como un soplo. De ahí salí para el liceo. La familia de El Gualique no tenía los medios para que el chico siguiera en la escuela y lo emplearon de mozo en el almacén del gringo Ferrari. Los domingos El Gualique llegaba temprano a mi casa con una jaula de torno en la mano y nos íbamos a cazar jilgueros al monte Baeza. Mi madre nos preparaba unos sandwiches y una botella de leche y los dos muchachos salíamos encantados en busca de caza menor. En este tiempo El Gualique me trataba con más reserva, aunque siempre con el mismo cariño. Ahora me llamaba "don Ernesto" y era inútil que yo insistiera en que me tratara de "tú".

Durante el segundo año del liceo yo hice nuevos amigos, entre los muchachos "bien" de Talca y me fuí alejando inconscientemente de la amistad de El Gualique. Algunas veces cuando iba a comprar té o azúcar al almacén de Ferrari, El Gualique venía a conversar conmigo:

—¿Cómo está, don Ernesto? ¿Cómo le va en la escuela? ¿Cuándo vamos a cazar pajaritos otra vez?

—El domingo —contestaba yo.

Pero llegaba el domingo y yo salía a dar un paseo por la plaza con mis amigos del liceo. De vez en cuando yo veía a El Gualique solo sentado en un banco y al verme pasar se sonreía y me saludaba con mucho respeto. Con la educación estúpida de nuestras escuelas yo había adquirido ese sentido de clase, tan común en mi país y sobre todo en mi ciudad natal, ciudad de prosapia en cuya plaza de armas dicen que está enterrada una canilla de don Quijote.

Pero El Gualique nunca se sentía humillado. Al contrario, él sabía que no era justo que yo me juntara con él sino en el patio de mi casa. Algunos domingos yo me quedaba a propósito en casa; mi madre invitaba a El Gualique a almorzar y esos eran días de fiesta para el fiel compañero.

En 1915 me fuí a Santiago a seguir mi carrera universitaria.

Toda mi familia me fué a despedir a la estación. Al salir ya el tren de las últimas calles de la ciudad oí una voz conocida que gritaba:

—Adiós, don Ernesto.

Era El Gualique.

Durante esos tres años volví pocas veces a Talca. Mi madre había muerto y ya se había roto el lazo más fuerte que me ataba a la ciudad. En uno de esos viajes pregunté por El Gualique y me dijeron que estaba trabajando en una hacienda del sur.

En 1918 me fuí a los Estados Unidos y con los años me olvidé completamente del amigo más fiel de mi niñez.

Estuve catorce años ausente de Chile. En 1932 fuí a mi patria en viaje de estudios y algo así como a "la recherche du temps perdu". Me detuve en Santiago sólo un día y seguí viaje a Talca. Llegué allí de noche. La ciudad hacía poco había sido destruída por un terremoto y la estación todavía estaba a oscuras. Apenas pude reconocer a mi padre y a mi hermana; ya al salir de la estación, el guardián que cuidaba la puerta me echó los brazos al cuello murmurando:

—Don Ernesto, señor Ernesto.

Era El Gualique.

Regresé a los Estados Unidos. Pasaron otros nueve años y la nostalgia de la patria me hizo volver en una segunda visita. Esta vez fuí yo quien pregunté después de saludar a toda mi familia:

—¿Y El Gualique?

—¡Ah, El Gualique! —me contestó mi hermano Enrique, como ganando tiempo—. A El Gualique le dió tuberculosis el año pasado; al saber que tú volvías hace dos meses se sintió mejor. Ya había logrado permiso del médico para que le dejara salir del hospital el día de tu llegada. Hace dos semanas se sintió peor y me rogó que fuera a verle.

—“No creo, me dijo, que alcanzaré a ver a don Ernesto. Me siento ya muy débil; sólo quisiera vivir hasta verle una vez más, pero no sé. ¿Estará muy cambiado el patrón?” Yo le dije que tuviera confianza, que seguramente tu mayor alegría sería volver

a verle. Se sonrió con esa sonrisa tan dulce de él. Murió el domingo pasado y todos nosotros asistimos al entierro.

La noticia me causó un dolor profundo, y también remordimientos. Me acordé de los desaires que le había hecho en mi niñez, de mi indiferencia y, por fin, de mi olvido.

—El Gualique siempre preguntaba por ti —me dijo Enrique—. Un día me hizo mostrarle en el mapa el lugar en que queda San Francisco. Siempre fué un buen amigo tuyo.

—Fué más que eso —contesté—: fué el amigo más leal que he tenido en mi vida. Debajo de esa camisa raída del niño y de esa chaqueta policial del hombre se ocultaba el alma de un santo. Habrá entrado al cielo descalzo como anduvo siempre, con su atmósfera de humildad y silencio.

Creí observar la chispa de una sonrisa irónica en el rostro de mi hermano, pero al mirarme a los ojos se quedó serio de repente.